ELIZABETH URIAN

*Las feos también
los enamoran.*

Leonor

Leonor vive en Inglaterra entregada a su labor de dama de compañía de la duquesa viuda de Dunham. Allí ha conocido a Jonathan, un hombre que parecía interesado en ella, pero que siempre ha amado a otra. Ahora, su pasado vuelve obligándola a reconocer que pertenece a una clase mucho más privilegiada y que es imperativo volver a su tierra natal, Boston, de la que huyó siete años antes al negarse a una boda que no la haría feliz.

En su viaje de vuelta la acompañan la duquesa viuda y Jonathan. Allí se enfrentará a su antiguo prometido, su esposa, una madre que cree muy enferma y a un compromiso que Jonathan ha inventado para ellos.

Índice de contenido

Cubierta

Leonor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Nota de las autoras

Sobre las autoras

1

Surrey, 1875

—¡COMIDA!

Por undécima vez desde que habían salido a pasear por los jardines de Stanbury Manor, Georgette, el guacamayo de Jonathan, elevó su estridente voz para hacerse oír por Leonor; como si acaso fuera posible ignorarlo.

Con sus casi dos libras y medio aposentadas en su hombro derecho, el vistoso y extravagante pajarraco azul parecía considerar que se estaban desatendiendo sus necesidades más básicas.

—Como vuelva a oírla de nuevo, me veré obligada a tomar medidas drásticas.

La duquesa viuda miró al animal, que en ese preciso instante la ignoraba con total deliberación.

—¿Cómo cuáles? —no pudo evitar preguntar Leonor.

De hecho, era quizás la única, a excepción de su dueño, a la que no le molestaban las constantes exigencias del pájaro ni sus salidas de tono.

—No estoy muy segura, pero con lo que ingiere tiene suficiente carne en su cuerpo como para dar gusto a un buen estofado.

El comentario, tal y como pretendía, fue acogido con todo tipo de aspavientos por el animal alado.

—¡CRIMINALES! ¡BELLACOS! —Todo su cuerpo se erizó y batió las alas para volar lejos de la duquesa, aunque sin perder de vista a las dos mujeres.

Margaret, la duquesa viuda, rio en voz alta, complacida. Leonor se limitó a esbozar una sonrisa contenida.

—Te digo que Jonathan la mimas demasiado.

Leonor se encogió ante la clara mención del hombre, propietario del animal. No quería pensar en él; no más de lo necesario. Quería olvidar esos ojos verdes en particular, el pelo ondulado en mechones no demasiado largos y sus ademanes alegres y cautivadores.

Quizás si olvidaba que lo había conocido, su vida seguiría tan plácida y ausente de complicaciones como los últimos tres años al servicio de la duquesa viuda en calidad de respetable dama de compañía. El pasado más lejano, mejor olvidarlo también.

—Le dan demasiada importancia. Al fin y al cabo, es lo que Georgette más ansía.

—Aparte de la comida, querrás decir —replicó Margaret con matizada ironía. Lo cierto era que el animal no la fastidiaba tanto como deseaba aparentar; solo lo justo e indispensable para tener de qué hablar.

Leonor asintió, dándole la razón a su empleadora. Aunque el animal no le molestaba, opinaba que esta —porque según su dueño se trataba de una hembra— era demasiado inteligente para su propio bien y el de las personas que la rodeaban. La mayoría del tiempo parecía que les entendía y eso era tan absurdo como antinatural.

—Creo que en el fondo le cae usted bien. —Leonor siguió hablando del guacamayo—. Simplemente que su actitud se debe a un intento por llamar la atención.

—No sé si quiero caerle bien. Lo único que sé con seguridad es que su estancia en esta casa se está alargando demasiado. Un mes con ella en la casa es exagerado. Al menos sin Jonathan. No sé en qué pensaba al aceptar dejarla contigo. Una creería que estaba feliz de alejarse por fin de ella.

Pero ambas mujeres sabían que esa afirmación no era cierta. Georgette le acompañaba allí donde fuera. Quienes

invitaban al caballero en cuestión debían aceptar esa particular excentricidad o se quedaban sin su apreciada presencia. Y lo cierto es que Leonor todavía se preguntaba por qué Jonathan había consentido ese caprichoso comportamiento al animal, que se había empeñado en aferrarse a ella como si la sola idea de marcharse a Londres en compañía de Isobel la enfermara.

Isobel. Un nombre que había aplastado unas nacientes ilusiones. La mujer que Jonathan amaba. Una preciosa y elegante morena que se lo había llevado de su lado.

«¿Pero lo tuviste alguna vez?».

Una triste y desesperante cuestión.

Leonor consideraba que, a cierta edad, una mujer que supiera conocerse, valorar las cualidades y defectos que la caracterizan y aceptar con entereza aquello que no puede cambiarse, era muy afortunada. Así la vida no tendría demasiadas oportunidades de golpearla y las sorpresas no serían tan desagradables.

Ella, a la nada desdeñable edad de veintisiete años, podía alardear de eso mismo. Tenía muchas virtudes, pero su defecto más evidente era, cómo no, su aspecto.

Para decirlo simple y llanamente: era fea. Así, tal cual.

A temprana edad ya había asumido que un pelo abundante, sedoso y dorado junto con una figura proporcionada, no servía de nada si el rostro desmerecía el resto del conjunto. Como también sabía que, si en ese periodo de vida tan importante ningún hombre había mostrado el más mínimo interés por ella, las probabilidades disminuían con rapidez conforme pasaba el tiempo.

La boda del duque de Dunham, nieto de la duquesa viuda, y Edith Bells un mes antes, no le dio más esperanzas en ese sentido.

Una mujer inteligente debía ser capaz de asumir que, si bien era un hecho destacable la unión entre un par de la nobleza con buena apostura y una mujer muy parecida a

ella misma en apariencia, era un suceso atípico y poco probable.

Las ilusiones en ese aspecto solo servían para mantener la esperanza; una esperanza que tendía a desaparecer y arrastraba al desencanto. Y ahí había cometido Leonor su primer error. O quizás el segundo.

Se había dejado arrastrar por las emociones que conllevaba una boda mientras su patrona se vanagloriaba ante quien quisiera escucharla que ella había sido la artífice del ardid para acercar a ese par de testarudos enamorados, que hasta hacía bien poco solo conseguían lanzarse palabras hirientes. Por supuesto, no olvidaba mencionar que para lograr tal cometido había sido necesaria la inestimable ayuda de Leonor y el eterno amigo del duque, Jonathan Wells.

Sin embargo, ese día tan feliz, Leonor no lo había sido tanto como pretendía dar a entender. Sus pensamientos habían estado lejos de ser todo lo serenos que ella quisiera mientras no dejaba de rememorar esos meses antes del compromiso de los duques de Dunham. Tiempo en el que Leonor había tenido la oportunidad de conocer en más profundidad a Jonathan Wells... y quizás prendarse un poco. Tiempo en que esos ojos verdes la habían fascinado y hecho creer que podía ser como Edith, aunque la realidad había llegado demasiado deprisa y con ella la decepción.

«La he querido desde que la conocí. Más de diez años codiciando su amor y me duele que no acepte...».

Ahí había empezado todo. Lo había escuchado sin querer y se alegraba. Con esa frase, que hablaba de otra mujer, el sueño incipiente de Leonor se había esfumado de un plumazo.

Leonor no había sabido que Jonathan amaba a otra, así que cuando se enteró, no tuvo más remedio que retraerse. No supo hacer nada más. Que el amigo del duque no se hubiera movido de Stanbury Manor ni en los meses del ardid ni en los previos al enlace había dificultado su labor de

evitarle. No era demasiado difícil dar con ella teniendo en cuenta que su sitio siempre estaba al lado de la duquesa viuda procurando compañía.

En honor a la verdad había que admitir que Jonathan se había esforzado. Se había mostrado divertido y encantador intentando que ella mostrara sus cartas, pero Leonor temía haber sido solo una distracción pasajera; aquellas a las que el duque se refería como una de las tantas cosas que acababan por hastiar a Jonathan. Por eso se había vuelto más reservada ante él.

Y el día de la boda había cometido el segundo error.

Se había dejado abordar por Jonathan mientras ella fingía que nada de lo que ese hombre decía le importaba. Se había mostrado maleducada cuando jamás lo era, pero se había visto incapaz de alejarse cuando el dorso de la mano de este le rozó la suya de manera tan leve como un suave soplo, tan leve que el corazón de Leonor se había estremecido y casi la había hecho suspirar, incluso dejarse llevar. Había deseado tanto creer en sus palabras...

Por suerte o desgracia apareció Isobel dispuesta a conquistarlo. Y con un simple nombre, el corazón y las esperanzas de Leonor murieron un poco más ese día.

Lo que vino después era de esperarse. O todo, al menos. Jonathan decidió marcharse con Isobel —que por cierto, era su madrastra— a Londres. Para sorpresa de todo el mundo, Georgette se aferró a Leonor y montó un gran espectáculo para librarse así de soportar la presencia de Isobel —o así prefería pensarlo—. Y allí estaba, de nuevo a solas con su patrona, con su nieto y su esposa de luna de miel, y aguantando las ínfulas de un animal que no era suyo.

—Quizás el señor Wells tenga cosas más importantes en las que pensar —respondió Leonor sin querer comprometerse.

—¡Bah! Si te refieres a Isobel, debo decirte que no sé dónde tiene ese hombre la cabeza.

—Si están enamorados...

—¡Estupideces! —Echó una mirada de reojo a Leonor que ella fingió no ver—. Jonathan tendría que mostrarse más sensato y aceptar que se aferra a un sentimiento ridículo y totalmente inapropiado.

Leonor prefirió no responder a eso. Al contrario que la duquesa viuda, no estaba de acuerdo. Había recordado la emoción con la que se refería al amor que le profesaba a Isobel esa vez que escuchó sin querer una conversación entre el duque y su amigo. No, debía de amarla, de lo contrario no hubiera tenido prisa por marcharse con ella.

Bordearon el jardín del cisne dejando a su derecha el pequeño lago y traspasaron los arbustos que lo rodeaban casi por completo. Cuando la casa volvió a estar en su línea de visión, el guacamayo, que se había mantenido alejado y en silencio, voló de nuevo al hombro de Leonor sin decir nada.

Ambas mujeres enfilaron hacia la casa, cada una sumida en sus pensamientos.

* * *

El viaje, de por sí tedioso, había supuesto un alivio. Se podría decir que casi había disfrutado de él. Y no es que contemplar los campos de Surrey le transmitiera paz y pensamientos poéticos. A estas alturas, cualquier cosa era poco por lograr permanecer tranquilo y solo.

Su casa, su espacio, los salones londinenses... Todos se habían visto ocupados por una sola presencia. El único lugar al que no podía acceder era el club de caballeros, pero justo ese era el que menos frecuentaba y al que se había visto obligado a hacerse asiduo durante esas eternas y agonzantes últimas semanas. Por milésima vez se veía hastiado, pero ahora era por el acoso al que Isobel lo había sometido tan pronto pusieron los pies en la ciudad.

Quién lo hubiera creído. Él, que se había pasado toda su madurez enamorado de la mujer que se casó con su ahora difunto padre, solo pensaba en rehuirla.

No era culpa de ella, lo reconocía. Isobel seguía siendo igual de atrapante. Sus sonrisas eran tan sensuales como antaño y su apariencia era tan perfecta y elegante como solo ella sabía serlo.

Pero nada era igual.

—Oh, Isobel —musitó al carruaje.

El señor Pickens, su eterno acompañante y que hacía las veces de secretario, lo miró de soslayo pero no dijo nada. No hacía falta.

Sabía que no tardaría tanto en descubrir su ausencia. Lo que se preguntaba era si sería capaz de deducir su destino. Isobel era muchas cosas, pero no era tonta. De hecho, sentía cierta pena y nostalgia porque todo hubiera terminado así. Al menos para él, ya que no sabía qué pretendía ella. Su proceder en el último mes en la ciudad solo podía calificarse de posesivo. Todas sus acciones, ahora lo veía, habían tenido como único objetivo comprometerlo. Se había dejado ver con él en todas las fiestas y solo aceptaba bailar con él. Había intentado atraerlo a la oscuridad de los jardines e incluso había osado invitarle a su casa con claras intenciones. Si no había entrado en su piso de soltero era porque había dado órdenes muy explícitas al servicio respecto a ello.

Para ser honestos, debía reconocer que marcharse de Stanbury Manor con ella distaba mucho de ser su mejor estrategia. No lo había reconocido entonces porque tenía otras cosas en mente, pero no tardó en percatarse de la terrible e irónica verdad: Isobel había sido sustituida en sus afectos.

Cuando cerraba los ojos, ya no veía un lustroso cabello negro, sino uno más dorado que los rayos del sol. Tampoco apreciaba ya los gestos meditados, sino los naturales y elegantes. Ni tan siquiera se le aparecía un rostro perfecto y si-

métrico, sino uno interesante, lleno de vida y que encerraba no pocos misterios.

No era tan ingenuo para creerse enamorado, pero apenas podía negar el interés... y tal vez el anhelo. Por ello había permitido que Georgette se saliese con la suya. Era evidente a quién prefería. Había sido así desde el principio. Entre Isobel y el guacamayo siempre parecía haber una lucha de voluntades. Con Leonor todo resultaba natural y reposado. Incluso él había sentido lo mismo. No nadar contracorriente, sino dejarse llevar por la marea. Nunca había pretendido dejar de forma definitiva a Georgette, pues tarde o temprano tenía intención de volver. Era como si su fuero interno hubiera sospechado el resultado.

Se incorporó cuando Stanbury Manor se perfiló en el horizonte y una especie de ansiedad impropia en él lo invadía. Se dijo que era porque había echado de menos al guacamayo y tenía ganas de verlo, pero la pura verdad era que no era el animal a quien deseaba ver primero. Sabía que sería bien recibido, no en balde la duquesa viuda le profesaba cariño. Sin embargo, el recibimiento de Leonor lo llenaba de dudas. Por una parte recordaba su frialdad durante el compromiso de Jeremy y Edith, pero lo que no olvidaba era el tacto de sus dedos cálidos, tocándose. Si no hubiera aparecido Isobel en ese instante, quién sabe cómo habrían acabado las cosas.

—Por fin llegamos. —El señor Pickens se ajustó las gafas y se enderezó. Era bien sabido lo poco que le gustaba sentirse encerrado en un carruaje.

Poco después, el transporte se detuvo delante de la fachada.

Jonathan descendió con agilidad y miró al señor Pickens.

—Nunca lo hubiera creído, pero he echado de menos este sitio. —Se atusó las ondas e intentó alisar las inexistentes arrugas que el viaje había provocado en su ropa.

—Todos los sitios son iguales —rezongó el secretario, el cual se apresuró a subir las escalinatas para llamar a la puerta.

Al poco, Jonathan se encontraba sentado en un salón que le era muy familiar. Había sido reconocido como amigo íntimo del duque de Dunham y lo habían tratado con la debida deferencia. Mientras el señor Pickens daba órdenes al servicio sobre el equipaje, el mayordomo le había informado de que la duquesa había salido a pasear y que no debía tardar, al tiempo que lo escoltaba hasta el pequeño salón de visitas y le ofrecía una taza de té. No obstante, cansado de estar sentado por horas en el carruaje, sintió la necesidad de permanecer de pie y salió al exterior con la única finalidad de encontrar a su anfitriona.

Por suerte, la duquesa viuda, acompañada de la dama de compañía, se acercaba a ritmo pausado. No era difícil reconocer a la mujer mayor vestida con distinción y a la joven que avanzaba a su lado con ademanes tranquilos, así que se acercó a ellas con una sonrisa burlona mientras el guacamayo era el primero en reconocerlo y alzaba el torpe vuelo hacia él.

—¿Pero qué ven mis ojos? —La mujer mayor sonrió en cuanto vio la identidad del extraño. Por fin sus ruegos se cumplían. Y antes de lo que esperaba—. Ya pensaba que te habías olvidado de que la habías dejado con nosotras.

—Eso nunca. —Se acercó a ellas evitando mirar a la Leonor y esforzándose en centrar toda su atención en la anciana—. Georgette es insustituible. —Besó el dorso de su mano—. No le pregunto por su salud, ya que veo que sigue dando guerra. Nos sobrevivirá a todos. ¿No es así, señorita Price? Me alegro de verla.

Ahora sí tuvo su oportunidad para posar su mirada sobre ella y beber de su presencia. Quizás fuera fea, pero él se sentía atraído del mismo modo que lo haría con una belleza sin par. No tenía sentido, pero nada parecía tenerlo desde que puso los pies allí en su última visita.

—Tal vez —concedió ella—. Por mi parte debo asegurar que es un placer servirla.

—Nadie lo duda, querida —intervino la aludida. Se volvió hacia Jonathan—. Pero bueno, bribón, cuéntanos cómo te va todo.

Jonathan sobreentendió lo que le preguntaba. Su partida no dejaba muchos interrogantes al azar. Además, no dudaba de que Jeremy le hubiera explicado los pormenores. Lo lógico sería que entre ellos se hubiera establecido un acuerdo o un compromiso, fuera público o no. Nadie, ni siquiera él, hubiera predicho ese escenario actual.

—No puedo quejarme —mintió con total descaro. Este no era el sitio ni el lugar.

—Pensaba que la próxima vez tal vez vendrías acompañado —presionó la duquesa viuda.

—Oh, he venido acompañado. —Si el asunto no fuera serio se habría permitido disfrutar de lo lindo con la cara de la buena mujer. El rostro de Leonor, en cambio, no había variado un ápice—. El señor Pickens se ha quedado en la casa.

Casi pudo ver la decepción en el rostro de esa entrometida, aunque se recompuso con rapidez.

—Bien, bien, me alegro. —Esa respuesta no la acercaba a lo que de verdad quería saber. Preguntar más, no obstante, quedaba descartado.

Como Leonor no parecía responder a su presencia, Jonathan recurrió a la treta de ofrecerles sus brazos y acompañarlas hasta la casa. Sabía que la buena educación le impediría rehusar. Mientras tanto, su cerebro no cesaba de dar mil vueltas buscando un tema de conversación para hacerla participar. Al parecer, después de unas semanas sin verla, su don de palabra había desaparecido.

Un lacayo los encontró cuando traspasaban las puertas acristaladas. Se dirigió a Leonor.

—Ha llegado un señor que pide verla de inmediato, señorita Price —extendió una bandeja de plata en la que se

encontraba una tarjeta de visita.

Leonor la tomó y la leyó, palideciendo en el acto. Tanto él como la duquesa se percataron de ello. De reojo pudo leer *Boston*.

—¿Sucede algo, Leonor? —preguntó esta.

Jonathan vio cómo trataba de hacer un esfuerzo por forzar una sonrisa a todas luces falsa. Era algo tan extraño en ella que le sorprendió verlo.

—Sí. Es decir, no. No.

Parecía agitada.

—¿Qué le digo al señor? —preguntó el lacayo.

Leonor le indicó que lo llevara al salón. Pidió permiso para atenderlo y casi voló en su afán por recibir a la visita.

—No parecía nada bien —se atrevió a decir. De repente se sentía preocupado.

—No, no lo parecía.

—Quien sea que la busque viene de Boston.

—¿Boston? ¿De Estados Unidos? —parecía perpleja.

—No creo que haya otro. —No pudo evitar el deje sarcónico—. ¿Sabe algo acerca de eso?

—No. Boston está muy lejos. No sé qué puede relacionarla con aquello.

Ambos decidieron, aparte de por curiosidad, que debían procurar averiguar qué sucedía por el bien de Leonor, por lo que entraron y se dirigieron al salón, que se encontraba con la puerta entreabierta. Desde allí les llegaron retazos de conversación. «... vuelva a casa» «Estados Unidos...» y un jadeo que hizo que Jonathan abriera la puerta preocupado.

Entró seguido por la duquesa viuda.

El hombre que hablaba con Leonor se envaró y los miró con el ceño fruncido, pero Jonathan no tenía más ojos que para la evidente cara de sufrimiento de Leonor.

—No he podido evitar escuchar y preocuparme —declaró su patrona—. ¿Qué sucede, mi niña?

Se acercó y le cogió la mano. Jonathan se quedó a una distancia prudencial.

—Mi madre está muy mal —anunció con evidente dolor—. Debo regresar a casa. A Estados Unidos.

* * *

Con la sensación de estar viviendo la vida de otra persona, Leonor trataba de sobrellevar la angustia que las nuevas noticias habían traído. Después de siete años se creía inmune a cualquier información referida sobre su hogar, pero eso solo era porque nada grave había ocurrido. Había bastado una referencia a la salud de su madre para desestabilizar todo su mundo.

—¿Estados Unidos? —La voz de su patrona se filtró a través de sus desdichados pensamientos—. ¿Eres americana?

—De Boston. —Intentó esbozar una sonrisa, aunque fuera de disculpa por las mentiras, pero quedó solo en eso, un intento.

—Tienes mucho que explicar, jovencita.

Leonor entendía la sorpresa y el reproche. De hecho, se merecía mucho más. No obstante, lo primero era lo primero, por lo que se dirigió al mensajero que con tanta diligencia había cruzado todo un océano para hacerle llegar el mensaje de su primo.

—Gracias por venir y traerme la carta, señor Laertes, dentro de dos días a más tardar partiré rumbo a Boston.

No hacía falta una respuesta escrita. El señor Laertes tenía ya un pasaje para la mañana siguiente y comunicaría sin demora a Kenneth su inminente regreso.

El hombre se despidió y Leonor siguió con la mirada su salida acompañado por Jonathan. En cierto sentido se comportaba como una cobarde al evitar enfrentarse a la mirada inquisitiva de Margaret, pero en efecto, se imponía una aclaración.